

RYSZARD KAPUŚCIŃSKI

La jungla polaca



● crónicas ●

Las andanzas de Kapuściński, reportero del semanario *Polityka* por la Polonia profunda, fructificarían en 1962 con la publicación de su primer libro, *La jungla polaca*, escrito entre las décadas cincuenta y sesenta del siglo XX, entre viaje y viaje africano. El ambiente literario era favorable a los reportajes, que se habían convertido en asignatura obligatoria para las plumas más destacadas del país. En medio de la profusión de la que en Polonia se llamó «literatura de los hechos», el delgado volumen de un debutante, apenas treintañero, suscitó el interés del público y de la crítica, que destacó la manera novedosa de concebir el reportaje, convertido en literatura con mayúsculas. «Kapuściński encuentra a sus héroes entre los habitantes de aldeas de mala muerte, entre personas de profesiones poco corrientes y aquellas cuyas vidas —también poco corrientes— están marcadas por la complejidad de la época en la que les ha tocado vivir» (*Zycie literackie*).

## INTRODUCCIÓN

La vida de algunos libros es lo suficientemente azarosa como para considerar no del todo superflua la inclusión de algunas aclaraciones en torno a sus avatares. Tal es el caso de *La jungla polaca*, el primer libro de Ryszard Kapuściński, publicado en 1962 y que, tal como anuncia su título, se adentra en la Polonia profunda. La primera edición contenía veinte textos; la segunda, diecisiete; la tercera, dieciséis; la cuarta, también diecisiete, pero faltaba un cuarto título de la primera y en su lugar se incorporaba otro, «Ejercicios de la memoria», escrito en 1985 a petición de la editorial alemana Kiepenheuer & Witsch con vistas a la publicación de un volumen especial, que aparecería con el expresivo título de *Das Ende (El final)*, dedicado a conmemorar el cuarenta aniversario de la Segunda Guerra Mundial. Así, «Ejercicios de la memoria» se publicó primero en alemán (en traducción de Martin Pollack) y solo tres años más tarde en polaco, ya formando parte de *La jungla*. Las sucesivas ediciones del libro —hasta la más reciente (2008), que incluye los veintiún textos— eran copia fiel de la cuarta. Los cuatro textos eliminados eran los siguientes: «Mide tus fuerzas por tus intenciones», «La soleada orilla del lago», «La casa» y «El rapto de Elżbieta». ¿Qué delito habrían cometido para merecer ese destierro? Ahora que su autor ya no está, solo podemos especular sobre el tema, aunque en alguna entrevista sí se refirió a los tres primeros, diciendo que los había suprimido por considerarlos literariamente

más flojos. No lo son. Ni «La soleada orilla del lago» —esa especie de minibiografía de un joven que parece trasunto de los Jacek Kuroń y Adam Michnik en su época de entusiastas pedagogos scout—, ni «Mide tus fuerzas por tus intenciones» —que cuenta la historia de un campesino pobre que llega a doctorarse en Historia—, ni «La casa» —que narra las vicisitudes del vecindario de un bloque de pisos de treinta y cuatro metros cuadrados «dignos de envidia» (escrito en la cocina de un pisito de veintiséis que el autor compartía con mujer e hija en una ciudad que lentamente se levantaba de sus ruinas) son textos literariamente fallidos. Además, y no es poco, constituyen un valioso testimonio de un país y de una época, tanto en el plano del contenido (cómo se vivía en aquel país y en aquella época) como en el de la forma (cómo se escribía en aquel país y en aquella época). Tal vez lo que le hizo prescindir de ellos era su tono «optimista» y «positivo», premisas imperantes en la literatura del realismo socialista, que en la década de los setenta ya «no se llevaba».

Por su propia naturaleza, el reportaje periodístico (¿son realmente reportajes los textos que componen *La jungla*?) tiene fecha de caducidad. No así el texto literario, que se distingue de otros por ese rasgo para el cual los formalistas rusos han acuñado el término de *literatúrnost*, traducible como literaturidad o literariedad, y del cual no carece ninguno de los «selváticos» relatos. Pues, en efecto, más que como reportajes, se leen como relatos breves. Tanto es así que en más de una ocasión el autor tuvo que defender la veracidad de los hechos en ellos descritos<sup>[1]</sup>.

Si Kapuściński eliminó aquellos tres textos aplicándoles criterios de percedera temporalidad (insisto en el carácter especulativo de estas observaciones), si de verdad les puso fecha de caducidad, se revelaría como un mal crítico de su propia obra. Mejor crítico ha resultado su viuda, Alicja Kapuścińska, quien tomó la decisión de rescatarlos. Y no para que el libro aparezca «con sus grandezas y sus pequeñe-

ces», como señala la recensora de la primera edición póstuma, Małgorzata Szejnert, sino en toda su plenitud.

La exclusión de «El rapto de Elżbieta», contundente en su denuncia de ciertas prácticas eclesiales, se debió a otras causas. Es de suponer que Kapuściński recibiera presiones por parte del clero (cosa que nunca dijo) y del..., cosas veredes..., comité central del partido en el poder (lo que sí comentó en tono jocoso en algún que otro *petit comité*). Por increíble que parezca desde la perspectiva de Occidente, en la Polonia socialista de la década de los setenta la todavía no inventada como expresión «corrección política» en las relaciones Iglesia-Estado era tal que un texto con visos de anticlericalismo era visto con malos ojos tanto por la primera como por el segundo. Sin embargo, no es creíble que Kapuściński cediera ante estas presiones (la censura tampoco se habría podido imponer, pues, cumpliendo la ley, no tenía facultad de intervenir en la publicación de un texto que previamente ya había pasado por ella). Parece mucho más verosímil la versión que corre por algunos cenáculos de Varsovia según la cual tomó la decisión de retirar el texto después de enterarse, en uno de sus fugaces pasos por casa entre conmoción y conmoción allá por el ancho mundo, de que algunas campesinas metidas a monjas se habían sentido dolorosamente retratadas al reconocerse en la Elżbieta de «El rapto». Conociendo su eterna empatía y su compromiso ético con el desvalido y no con el poderoso, no sería extraño que, en lugar de exclamar, lleno de cínica satisfacción: «¡Bien, he dado en el clavo!», hubiera comprendido el dolor de aquellas infelices y no quisiera causar lo a nuevas posibles lectoras «raptadas».

En este volumen, Anagrama da un paso más en la ampliación de *La jungla polaca*, completándola con un texto escrito a principios de la década de los noventa e inédito en vida del autor, «Paseo matutino»<sup>[2]</sup>, por guardar estrecha relación con la temática de los veintiún textos restantes. Queremos creer que así lo habría dispuesto el propio Ka-

puściński si le hubiese dado tiempo de preparar la nueva edición de este su primer libro.

AGATA ORZESZEK

## EJERCICIOS DE LA MEMORIA

por una calle pequeña  
de una pequeña ciudad  
bajo un baldaquín de castaños  
corro feliz, niño alegre,  
al lugar donde hallaré la muerte.

JANUSZ A. IHNATOWICZ

*La guerra total tiene mil frentes; en tiempos de una guerra así, todo el mundo está en el frente, aunque nunca haya pisado una trinchera ni disparado un solo tiro.*

Ahora, cuando retrocedo con la memoria a aquellos años, constato, no sin cierta sorpresa, que recuerdo mejor el comienzo que el final de la guerra. El comienzo está para mí claramente situado en el tiempo y el espacio; puedo reconstruir sin dificultad su imagen, porque ha conservado todo su colorido y toda su intensidad emocional. Empieza el día en que de repente, en el límpido cielo de un verano que languidece (y es que el cielo del treinta y nueve era maravillosamente azul, sin una sola nube), veo aparecer en lo alto, muy alto, doce puntos de plateados destellos. Toda la bóveda celeste, altiva y radiante, empieza a llenarse de un rumor monótono y sordo que yo nunca había oído. Tengo siete años, me encuentro en un prado (estábamos en un

pueblo de la Polonia oriental cuando estalló la guerra) y no quito ojo a los puntos, que apenas parecen deslizarse por el cielo. De repente, en las proximidades, junto al bosque, suena un estruendo terrible, oigo con qué estrépito estallan las bombas (solo más tarde sabré que se trata de bombas, pues en ese momento aún no sé que existe tal cosa; un niño de la Polonia profunda que no conoce la radio ni el cine, que no sabe leer ni escribir y que nunca ha oído hablar de la existencia de guerras y de armas mortíferas, ignora la sola noción de bomba) y veo cómo saltan por los aires gigantescos surtidores de tierra. Quiero correr hacia este espectáculo extraordinario que me deja atónito y fascinado, pues todavía no tengo ninguna experiencia de la guerra y no sé unir en una misma cadena de causas y efectos aquellos brillantes aviones de color gris plateado, el estruendo de las bombas y los plumeros de tierra que se elevan hasta las copas de los árboles, con el acechante peligro de muerte. Así que echo a correr hacia el bosque, hacia ese extraño lugar donde caen y explotan las bombas, pero un brazo me agarra por el hombro y me tira al suelo. «Sigue tumbado —oigo la voz temblorosa de mamá—, no te muevas». Y recuerdo cómo, al apretarme contra su pecho, me dice algo cuyo sentido se me escapa y por el que me propongo preguntar más tarde: «Ahí está la muerte, hijo».

Es noche cerrada y tengo mucho sueño, pero no se me permite dormir: tenemos que irnos, huir. Ignoro adónde pero comprendo que la huida se ha convertido en una necesidad perentoria, incluso en una nueva forma de vida, pues huye todo el mundo; todos los caminos, carreteras y aun pistas de tierra se han llenado de carros, carretillas y bicicletas, de bultos, maletas, bolsas y cubos, de personas aterrizadas e impotentes que deambulan de un lado para otro. Unas huyen hacia el este, otras hacia el oeste, hacia el norte y hacia el sur; huyen en todas direcciones, se mueven en círculos; extenuadas, caen dormidas en cualquier lugar, pe-

ro después de descansar un rato recuperan aliento y reúnen lo que les queda de fuerzas para retomar aquel caótico deambular sin fin. Mientras huimos, debo tener a mi hermana pequeña fuertemente agarrada de la mano, no podemos perdernos, me advierte mamá, pero aun sin esto siento que el mundo de repente se ha vuelto peligroso, extraño y malo, y que hay que estar alerta. Mi hermana y yo caminamos junto a un carro tirado por un caballo; es un simple carro de adrales acolchado con heno, encima del cual, tumbado sobre una pieza de lino, va mi abuelo. Va tumbado porque no puede moverse: es paralítico. Cuando empieza un ataque aéreo, toda la muchedumbre, que hasta entonces caminaba pacientemente, de repente, presa del pánico, se lanza en desbandada hacia las cunetas, se esconde entre los arbustos, se zambulle en los patatales... En el camino, abandonado y desierto, no queda sino el carro en el que está mi abuelo. El abuelo ve venir los aviones, ve cómo bajan en picado, cómo apuntan al solitario carro abandonado en medio del camino, ve el fuego de las ametralladoras de a bordo, oye el rugido de las máquinas que sobrevuelan su cabeza. Cuando los aviones desaparecen, regresamos donde el carro, y madre enjuga al abuelo el sudor de su rostro. Hay días en que los ataques se repiten varias veces. Después de cada uno de ellos, el demacrado y enjuto rostro del abuelo aparece empapado en sudor.

Nos adentramos en un paisaje cada vez más siniestro. A lo lejos, la línea del horizonte se presenta cubierta de humo; pasamos junto a pueblos abandonados, a casas solitarias, calcinadas. Atravesamos desolados campos de batalla, cubiertos por armas y otros objetos abandonados, pasamos junto a estaciones de ferrocarril bombardeadas y vehículos volcados. Hay un penetrante olor a pólvora, a quemado, a carne en estado de descomposición. Por todas partes nos topamos con cadáveres de caballos. El caballo —animal grande e indefenso— no sabe esconderse; durante los

bombardeos se queda quieto, esperando la muerte. Hay caballos muertos a cada paso, ya allí mismo, en medio del camino; ya a un lado, en la cuneta; ya algo más lejos, en pleno campo de cultivo. Yacen patas arriba, increpando al mundo con sus pezuñas. No veo personas muertas en ninguna parte, pues las entierran enseguida; tan solo cadáveres de caballos —negros, bayos, atigrados, alazanes...—, como si no se tratase de una guerra humana sino equina, como si fuesen ellos los que se hubieran enzarzado en una lucha a muerte, como si fuesen ellos las únicas víctimas de estos embates.

Llega el invierno, hace un frío atroz. Cuando se pasa mal, lo percibimos como dolor: el frío se vuelve más penetrante que nunca; para la gente que vive en condiciones normales, el invierno no es más que la estación del año de turno, preludio de la primavera, pero para los desgraciados y los infelices, es una catástrofe, un infierno. Y el primer invierno de la guerra ha sido realmente gélido. Las estufas de nuestro piso están frías y las paredes, cubiertas por una capa de escarcha blanca y lanosa. No tenemos con qué hacer fuego porque no se puede comprar leña; tampoco es posible robar ningún haz. El castigo por hurtar carbón: la muerte; por hurtar madera: la muerte. La vida humana vale ahora tanto como un pedazo de carbón o un trozo de madera. No tenemos nada para comer. Madre se pasa horas enteras en la ventana, estoy viendo su pétrea mirada. En muchas ventanas se puede ver a personas mirando hacia la calle, por lo visto esperan algo, confían en que algo suceda. Con una pandilla de chiquillos, deambulo por los patios; medio jugamos, medio buscamos algo que llevarnos a la boca. A veces, a través de una puerta, nos llega el olor a sopa hirviendo. En momentos así, uno de mis amigos, Waldek, mete la nariz en una de sus rendijas y empieza a aspirar febril y frenéticamente aquel olor al tiempo que con auténtica fruición se frota la barriga, como si estuviese sentado a una

mesa llena de manjares; no tardará, sin embargo, en volver a mostrarse alicaído y de nuevo se sumirá en la tristeza. En una ocasión, llega a nuestros oídos la noticia de que en la tienda junto a la plaza del Mercado van a distribuir caramelos. Nos plantamos allí enseguida y formamos una larga cola de niños ateridos y hambrientos. Hace rato que han pasado las primeras horas de la tarde y se acerca el crepúsculo. En medio de un frío glacial, pasamos allí el resto del día, toda la noche y aun el día siguiente. De pie, nos pegamos unos a otros, nos abrazamos, todo con tal de calentarnos un poco, con tal de no congelarnos. Finalmente, abren la tienda, pero en lugar de las golosinas, cada uno de nosotros recibe una lata vacía que sí las había contenido (¿que dónde han ido parar los caramelos?, ¿que quién se los ha quedado?, lo ignoro). Debilitado, rígido de frío y, sin embargo, feliz en ese momento, llevo a casa el botín: vale mucho, pues la pared interior de hojalata conserva, adheridos, restos de azúcar. Ahora madre hierve agua y la vierte en la lata; así obtenemos una bebida caliente y dulzona, nuestro único alimento.

Y otra vez a ponerse en camino. Nos vamos de Pińsk para dirigirnos al oeste, porque allí, dice madre, en un pueblo de las afueras de Varsovia, está padre. Padre estuvo en el frente, cayó prisionero, se escapó de sus carceleros y ahora se dedica a dar clases en una escuela rural. Ahora, cuando los que durante la guerra éramos niños rememoramos aquella época y decimos «padre» y «madre», a causa de la gravedad que entrañan estas palabras, nos olvidamos de que nuestras madres eran unas muchachas y nuestros padres, unos mozos, y que se deseaban mucho mutuamente, que se echaban de menos, que anhelaban estar juntos. También mi madre era una muchacha en aquel entonces, así que vendió todo lo que tenía en casa, alquiló un carro y salimos en busca de padre. Lo encontramos por pura casualidad. Al atravesar un pueblo llamado Sieraków, en un

determinado momento madre exclamó: «¡Dziudek!», dirigiéndose a un hombre que caminaba por la carretera. Era mi padre. Desde aquel día vivimos juntos, en una pequeña habitación sin luz ni agua. Cuando oscurecía nos acostábamos: ni tan siquiera teníamos una vela. El hambre nos había acompañado desde Pińsk: yo no paraba de buscar una oportunidad de zamparme algo, un mendrugo, una zanahoria, cualquier cosa. Un día, al no ver otra salida, padre dijo en clase: «Niños, los que quieran acudir mañana a clase deberán traer una patata». Padre, que no sabía comerciar, incapaz de desenvolverse en el contrabando y sin recibir un salario, consideró que no le quedaba otra salida que pedir a sus alumnos unas cuantas patatas. Al día siguiente, la mitad de la clase no apareció en la escuela. De entre los que acudieron, unos niños trajeron media patata, otros un cuarto. Una patata entera era un tesoro.

Cerca de mi pueblo hay un bosque y en ese bosque, junto a la aldea llamada Palmiry, hay un prado. En este prado los SS llevan a cabo sus ejecuciones. Al principio solo fusilaban de noche, y entonces nos despertaba el sordo eco de sus rítmicas y repetitivas descargas. Pero ahora también lo hacen de día. Traen a los condenados en las cajas herméticamente cerradas de unos camiones verde oscuro; al final de cada columna va el camión que trae al pelotón de fusilamiento. Los hombres que integran los pelotones van vestidos invariablemente con largos capotes, como si un capote largo y ceñido con un cinturón constituyese el indispensable atrezzo del ritual del asesinato. Cuando aparece una de estas columnas, nosotros, un nutrido grupo de niños del pueblo, la espiamos desde nuestros escondites entre los arbustos que flanquean el camino. Dentro de un momento, más allá de la cortina de los árboles, empezará a ocurrir algo que tenemos prohibido mirar. Siento cómo se apodera de mi cuerpo un helado hormigueo, cómo tiemblo todo. Con la respiración cortada, esperamos los ecos de las

descargas. Ya se oyen. Y, luego, algún que otro tiro suelto. Al cabo de un tiempo, la columna regresa a Varsovia. En el último camión van los SS del pelotón de fusilamiento. Van fumando y charlando.

Algunas noches hacen acto de presencia los partisanos. Veo sus rostros cuando aparecen de repente en la ventana, pegados al cristal. Cuando están sentados a la mesa, siempre los observo embargado por un mismo pensamiento: que pueden morir abatidos esa misma noche, que es como si llevaran grabada la marca de la muerte. Claro que todos podíamos morir en cualquier momento, pero ellos le hacían frente a tal posibilidad, se encaraban a ella. En una ocasión se presentaron, como siempre, en plena noche. Era otoño y llovía. Se pusieron a hablar por lo bajo con mi madre (a padre no lo había visto desde hacía un mes y no volvería a verlo sino al acabarse la guerra: se escondía). Tuvimos que vestirnos y marcharnos a toda prisa, pues había redadas en los alrededores: se llevaban a los campos de concentración a pueblos enteros. Huimos a Varsovia, a un escondite que nos habían indicado. Era la primera vez que pisaba una gran ciudad, por primera vez vi un tranvía, casas de vecindad de varios pisos, hileras de amplias tiendas... Luego volvimos a encontrarnos en el campo, pero ¿cómo?, no me acuerdo. No se trataba del mismo pueblo sino de uno desconocido, al otro lado del Vístula. Solo conservo un recuerdo: camino de nuevo junto a un carro y oigo cómo, a través de los radios de madera de las ruedas, se desliza la arena de un acogedor camino de tierra.

Durante toda la guerra soñé con un par de zapatos. *Tener zapatos*. Pero ¿cómo conseguirlos? ¿Qué se debe hacer para lograr un par de zapatos? En verano voy descalzo y tengo las plantas de los pies curtidas como un cinturón de cuero. Al principio de la guerra, padre me fabricó unos zapatos de fieltro, pero, como no es zapatero, tienen un as-

pecto lamentable; además he crecido y me van pequeños. Sueño con unas botas fuertes, macizas, claveteadas; de esas que al golpear sobre el empedrado producen un sonido claro e inconfundible. En aquel entonces, estaban de moda las botas de caña alta; las cañas eran un símbolo de masculinidad, de fuerza. Era capaz de pasar horas con la vista clavada en los buenos zapatos, me gustaba el brillo de la piel, me gustaba escuchar su crujido. Pero no solo se trataba de la belleza de un buen zapato, ni de la comodidad, del confort. Un par de botas sólidas era símbolo de prestigio, de poder absoluto; el zapato endeble y roto era señal de humillación, estigma de un ser humano al que habían arrebatado toda su dignidad, condenándolo a una existencia infrahumana. Tener botas significaba ser fuerte e, incluso, simplemente, *ser*. Pero, en aquellos tiempos, todos los zapatos por mí soñados y con los que me topaba en las calles y en los caminos pasaban indiferentes a mi lado. Y yo me quedaba (convencido de que me quedaría así ya para siempre) con mis toscos zuecos, cubiertos por trozos de una lona negra a la que, con ayuda de una sustancia alquitranada, intentaba —sin éxito— sacarle una pizca de brillo.

En 1944 me convertí en monaguillo. Mi cura era el capellán de un hospital de campaña. Hileras de tiendas camufladas se extendían en medio de un pinar en la orilla izquierda del Vístula. Durante la sublevación de Varsovia, antes de que se desencadenara la ofensiva de enero, el lugar fue escenario de un febril y extenuante ajeteo. Desde el frente, que rugía y humeaba en las proximidades, venían a todo gas camiones ambulancia. Traían a los heridos, a menudo inconscientes, colocados con prisas y sin orden uno encima de otro, como si se tratase de sacos de trigo (solo que eran sacos empapados en sangre). Los camilleros, también ellos medio muertos de agotamiento, sacaban de los vehículos a los heridos y los colocaban sobre la hierba. Luego cogían una manguera de goma y les echaban fuertes

chorros de agua fría. Aquellos heridos que empezaban a dar señales de vida eran trasladados a hombros a la tienda que albergaba la sala de operaciones (delante de aquella tienda, directamente sobre el suelo, se levantaba, renovado cada día, un montículo de piernas y brazos amputados); en cambio, aquellos que ya no se movían eran llevados a una enorme fosa que se hallaba en la parte trasera del hospital. Precisamente allí, junto a aquella tumba infinita, me pasé horas enteras al lado del cura, sosteniéndole el breviario y la pileta de agua bendita. Repetí a tras él una oración por los muertos. A cada caído le decíamos «Amén», docenas de veces al día «Amén», y siempre con prisas porque muy cerca de nosotros, justo detrás del bosque, la máquina de la muerte trabajaba sin descanso. Hasta el día en que todo amaneció desierto y en silencio; cesó el trasiego de los camiones ambulancia, desaparecieron las tiendas de campaña (el hospital se había trasladado al oeste) y en el bosque no quedaron sino cruces.

¿Qué pasó después? Ahora, cuando estoy copiando estas pocas páginas de un libro sobre mis años de la guerra (un libro nunca escrito), me pregunto cómo serían sus últimas páginas, su final, su epílogo. ¿Qué se habría podido leer en ellas sobre el fin de la gran guerra? Creo que nada, es decir, nada en el sentido concluyente, que cerrase el asunto de una vez para siempre, pues en cierto modo, aunque muy importante, para mí la guerra no se acabó ni en el cuarenta y cinco, ni tampoco después de aquel año. De una manera u otra, algo de ella siguió —y sigue— persistiendo, está ahí incluso hoy mismo, pues creo que para los que han sobrevivido a una guerra, esta nunca se acaba definitivamente. En muchas culturas africanas está extendida la creencia de que el ser humano muere definitivamente solo cuando muere la última persona de las que lo han conocido y recordado. En otras palabras, alguien deja de existir solo cuando abandonan este mundo todos los portadores